

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

---

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

Dr. José León Suárez  
Por la Facultad

Alfredo H. Berros  
Por el Centro de Estudiantes

Carlos E. Daverio  
Por el Centro de Estudiantes

#### REDACTORES

Divico A. Fürnkorn  
Mario V. Ponisio  
Por la Facultad

Luis J. Mancini  
Por el Centro de Estudiantes

Francisco A. Duranti  
Por el Centro de Estudiantes

---

Año XVI

Julio 1928

Serie II. N° 84 - 85

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES

## Información Social

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DEL DR. MANUEL DOMÍNGUEZ, PRONUNCIADO  
POR EL PRESIDENTE DEL C. E. C. E., ARMANDO ROCCO

El Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas, prepara para este año, una serie de conferencias sobre cuestiones universitarias y científicas propias de las disciplinas que se cursan en esta Facultad.

Corresponde al doctor Manuel Domínguez iniciar las conferencias, quien disertará sobre "Alberdi como precursor de algunos pensadores de Europa", y en esta "conversación", como él llama a sus disertaciones, habrán de ponerse de manifiesto sus excelentes dotes de poeta, de filósofo y de orador, como con tanta justicia ha sido calificado.

En su país natal, el doctor Domínguez llegó a ocupar la vicepresidencia de la República y por dos veces el Ministerio de Relaciones Exteriores y, actualmente es, en Buenos Aires, el Ministro Plenipotenciario del Paraguay, cargo que cobra relieve por desempeñarlo este mensajero de paz y de trabajo.

En Asunción ha sido rector de la Universidad y, por sobre todo, nos interesa a nosotros los universitarios, la condición de que es el jefe de la falange estudiosa del Paraguay.

Por todo ello, el que pronto habrá de dirigiros la palabra, posee sobrados títulos para ocupar esta alta tribuna universitaria.

### DISCURSO DEL DOCTOR MANUEL DOMÍNGUEZ

Muy amable el distinguido joven que me acaba de presentar a tan selecto auditorio. ¡Gentilezas argentinas! Los puestos que ocupé algo significan, pero no conviene olvidar—dice Spencer—que a veces, sin méritos sobresalientes, se llega a puestos encumbrados, por circunstancias políticas. Cuento, sin embargo, con un titulito que el caballero Rocco no pudo adivinar y es quizá el único que implique algún pequeño mérito real. Pertenezco a una familia arruinada por la guerra y me abrí paso ganando, por concurso de oposición, la cátedra de Zoología en la Asunción. Metí en la cabeza miles de los nombres bárbaros que se aprende en Sistemática. Es todo. Poca cosa.

Y, en fin, agradezco, en el alma, los gentiles conceptos de mi presentante y digo que sólo soy un aficionado a las cosas de espíritu, y siguiendo el consejo de Montaigne entro en materia sin rodeos:

Empiezo notando, que Alberdi, en sus *Bases* (Cap. XVII), había escrito que el hombre no elige discrecionalmente su constitución sanguínea o nerviosa y así tampoco se da a capricho una Constitución monárquica o republicana, federal o unitaria. Igual repitió cincuenta años después Le Bon, en su *Psicología de las multitudes*, y casi con las mismas palabras, salvo la comparación. Le Bon se refiere al color de los cabellos, cosa que cambian los años y el arte, y Alberdi, al temperamento, complexión nerviosa o sanguínea, cosa que no cambia. En suma, el pensador francés es menos feliz que el argentino,

siempre notable por la infalible seguridad de su dicción, espejo de la infalible seguridad de sus ideas.

Ihering, en su *Prehistoria de los indo-europeos*, afirma que no sabe de ningún escritor que haya contemplado la función civilizadora de las grandes ciudades en la dinámica social. Se conoce que no había leído a Alberdi, quien en su trabajo intitulado *La República Argentina consolidada en 1882 con la ciudad de Buenos Aires por capital*, veinte años antes de editarse el libro de Ihering, trató el tema enunciando con lucidez sencilla, pero trascendente, sociológica.

Y, Alberdi, en su crítica al Código Civil (1868) sienta que "Cuvier, Arago, La Place, Pascal, Descartes y cien más, han contribuido a educar la inteligencia moderna", y doce años después, Renán, en su discurso de entrada en la Academia, escribió que los mismos citados por Alberdi y, además, Galileo, dejando con injusticia a un lado a los otros cien o más educadores, "han cambiado las bases del pensamiento humano". La frase modesta de Alberdi, escrita sin pretensión literaria, pero con la elegancia de quien sabe muy bien lo que dice y no se propone exagerar las cosas, es más ajustada a la verdad y a la justicia que la de Renán. Por lo demás, los dos autores eligieron con acierto aquellos nombres luminosos: Cuvier, creador de la Paleontología, astrónomos, entre éstos, el autor de la *Mecánica celeste*, y dos profundos pensadores los que sondearon el cielo estelar infinito y el cielo también infinito del espíritu. Conste que Alberdi precedió a Renán en la expresión del bello pensamiento.

Otro caso en que aparece como precursor indudable. Taine, en uno de los tomos de los *Orígenes de la Francia contemporánea*, como es sabido, aborda con su estilo triturador, el conocido tema de la omnipotencia del Estado que mata la libertad individual. Y bien: todas las ideas cardinales de Taine estaban ya en el discurso de Alberdi en la Facultad de Derecho, pronunciado tres años antes de la primera edición de los *Orígenes*. Y el escritor argentino produce esta nota patriótica, ausente en Taine: "Si la libertad individual es la nodriza de la Patria, no conviene olvidar que la libertad de la Patria es el *paladium* de todas las libertades".

Léase el libro de Spencer, *Instituciones políticas* (Cap. *La sociedad industrial*), donde el autor prueba cómo la industria eleva el nivel espiritual de los pueblos y compárese con lo que cuarenta años antes dijo Alberdi en el Cap. XIII de sus *Bases*. Todas las ideas spencerianas estaban ya allí, sin erudición fastidiosa y coordinadas con mejor estilo que el del filósofo inglés. Alberdi, apuntando al vuelo sus ideas, fué al alma de la cuestión y en cierto modo la agotó.

Se sabe cómo Alberdi, admitiendo la superioridad de las razas optaba por el obrero inglés, por el europeo blanco. Es la tesis después expuesta por Fuillée en uno de sus libros: "¿Cuántos siglos necesitarían los esquimales para llegar a la enorme fuerza digestiva de nuestros cerebros arios?" Es, por lo demás, la misma tesis de Gobineau, quien entendía que allí donde domina *la raza de la aurora* estará siempre el eje de la historia.

Y Alberdi dijo también en la *Vida de Weelgrith* que "la civilización está representada en estos tiempos por el desarrollo de los intereses materiales, cuya consecuencia sencilla es la elevación del nivel moral e intelectual de cada país". Es idea repetida cincuenta o sesenta años después, por el precitado Fouillée en su *Novísimo concepto del derecho*, y que ya estaba en Buckle, el historiador de la civilización de España. Palabras de Fouillée: "Riqueza e inteligencia, fuerzas equivalentes. Dadme una cantidad de movimiento y os daré una cantidad de luz y de calor. Dadme millones en dinero y os daré sabios y amantes de la belleza y el bien. El dinero se transforma en idea". ¡Ideas alberdianas!

Y ya que tantas veces se ha dicho que Alberdi era elregonero de la Plutocracia, falto de ideal. abogando porque la Argentina, su Patria, se convirtiera en una especie de factoría cartaginesa, voy a hacer un incidente, al efecto de probar que la idea criticada en

Alberdi (la riqueza material, condición de las más bellas conquistas del espíritu), repitieron después de él escritores brillantes y pensadores profundos, idealistas casi todos.

Paúl de Saint Victor, en *Hombres y dioses*, con resplandeciente estilo, sostenía que el mercantilismo de las repúblicas italianas "pagó los gastos del Renacimiento". Sin ese dinero acumulado hubiera sido imposible la resurrección de la belleza clásica, aquel fulgor del pensamiento heleno.

Pelletán, el armonioso, en su *Profesión de fe del siglo XIX*, en su canto a la moneda sonora, entendía que ese signo del ahorro, liberó al hombre de la esclavitud del trabajo forzado por el sustento diario e hizo posible la especulación mental, el vuelo de la idea a las regiones serenas del arte y de la ciencia. Allí se lee la frase tan celebrada en Avellaneda: sólo *Ahorrando sobre el hambre* y cristalizando el ahorro en la moneda, purpúrea como el sol, fueron posibles las conquistas del espíritu. En estilo llano, vulgar: lo que se llama civilización, cultura refinada, es resultado de la riqueza acumulada. ¡Alberdismo!

Rodó, por variar un poco: El positivismo mercantilista, americano, "servirá a la causa de Ariel". Este Ariel no es el Ángel malo de los Moabitas. Es el ángel etéreo, enemigo de Calibán, el espeso.

Giddings, el sociólogo, recusando a los anteriores por no serlo: "Desde Platón (buena compañía) se sabe que la pobreza es destructiva de la libertad. La riqueza eleva el nivel moral e intelectual de los agregados humanos". Parece que estamos escuchando a Alberdi, setenta años después de haber dicho lo que dijo. Grábese, escúlpase, que Alberdi fué precursor de Giddings.

Unamuno: *En orden a los problemas nacionales, los económicos son los primeros principios*. Alberdi lo dijo medio siglo antes sin el plagio del título del libro de Spencer que todavía estaba en el limbo del porvenir ignoto.

Spencer: La civilización es flor de la riqueza material. ¡Alberdismo neto!

Ribot: *La herencia psicológica*: El poder mental crea el poder material y viceversa; éste se convierte en fuerza intelectual. El efecto se torna en causa. Ribot deshace así el aparente círculo vicioso, a la manera de Buckle.

Renán, el rey de los idealistas, de quien dijo Taine que era un Kant, pero más poético y sin sus fórmulas de hierro: La riqueza de la burguesía hizo posible la secularización de la ciencia, antes monopolizada por la casta sacerdotal. Nuestro industrialismo, en sus efectos, es obra meritoria, obra santa. (*El porvenir de la ciencia, IV*). El pleito es con Renán: De potencia a potencia con él...

Y según Alberdi, (*Vida, citada*), el vapor y la electricidad empujan las naves y empujan las ideas. Lo propio repite Bergson en su *Evolución creadora*: Sólo la posteridad cuando contemple nuestra época con el telescopio de la historia, apreciará en su justo valor el inmenso impulso que da el vapor al espíritu humano. Conceptos bergsonianos, pero antes alberdianos.

Y también Flammarion subordinaba al vapor y la electricidad el vuelo raudo de las ideas modernas. "Ya no es Carlo Magno, dice, quien tiene el centro del mundo en sus manos. Al centro imperial ha sucedido el compás del geómetra. El vapor comunica una vida desconocida a un sinnúmero de motores, al propio tiempo que la electricidad nos permite contar las pulsaciones de la humanidad entera. A ello se debe el despertamiento magnífico del espíritu humano para afianzar sus derechos y su poderío. Nunca la mirada del hombre se había presentado tan radiante!" Salvo la pompa del lenguaje, muy propia del Cantor de las Estrellas y muy impropia de Alberdi que nunca declamó en su estilo desnudo, de líneas severas, los conceptos son del último y emitidos años antes que los de Flammarion. ¡Alberdi, astrónomo de la idea!

Y porque Alberdi dijo todo lo anterior mucho antes que los dio-

ses del pensamiento moderno, estaban publicando que era apenas el pregonero de una Plutocracia despreciable. Así se escribe la historia... ¡Así afirmó la crítica y así calumnió una gloria! Gervinus, el historiador del siglo XIX (con permiso de la crítica), opinaba lo contrario de esa crítica letal y se asombró de que la América Latina hubiese producido el cerebro de un Alberdi. Si la estatua de este Alberdi vibrara con la prosodia misteriosa de la estatua de Memnon, nos diría:

"Ratifico todos mis conceptos sin retirar palabra ni coma. La cuestión no es conmigo. Es con Renán, Bergson, Fouillée: La riqueza se transforma en idea.

"Quería para la Argentina densidad de población, ¡noción tri-  
vial! El desierto no es la Patria...

"Quería millones y millones en su presupuesto porque con ellos es más fácil que haya sabios, poetas y hasta santos.

Y en *Palabras de un ausente* expliqué cómo la civilización, cultura refinada, no consiste en el gas ni en el rendimiento de las aduanas. No era capaz de confundir las condiciones necesarias (población y riqueza) de una cosa con la cosa misma (civilización).

"No era capaz de confundir una tarifa aduanera con un canto de la Iliada o un bajorrelieve de Partenón, ni una ley de presupuesto con el entimema de Descartes o un suspiro de Bellini."

Y también Alberdi vió que en la geografía está el destino de los pueblos y las razas, cosa repetida después por Desmolin, Ferri, Renán y tantos otros en quienes se lee que el factor distancia es factor sociológico. Decía ya Alberdi: "La geografía de un país, quiero decir, su configuración geográfica, determina su historia".

Y guiado por Alberdi, por este Ariel alado, y pensando en los primeros pasos de la conquista y en el inmenso porvenir de esta bella República Argentina y de mi Patria, bella también, escribí en un librito, todavía inédito, lo siguiente: "El Río de la Plata, con su murmullo profético, llamaba a los primeros navegantes del siglo XVI, derivaba sus rumbos y los empujaba con sus vientos, y los vió pasar y desaparecer en la vaguedad del Septentrión en busca de la sierra de la plata y de eldorado quimérico, ilusión que huía entre el tul de la distancia y está llamando todavía a todos los hombres del mundo con el coro de sus olas que es como un coro de Sirenas para realizar el ideal de Alberdi, eldorado, muy real y positivo, de una nueva civilización, en este pedazo del planeta que Andrade nombró "Atlántida Encantada que presintió Platón, sueño de oro del porvenir humano".

MANUEL DOMÍNGUEZ,

Ministro Plenipotenciario de la  
Rep. del Paraguay en la R. Arg.